

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.  
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XV

Abrii de 1938

Núm. 154

## Puntos de vista

En la vorágine

*N*O es muy aventurado afirmar que en esta época de tanta resonancia en materia de doctrinas sociales, haya comenzado a llover ceniza sobre las letras hispano-americanas. ¿Es menos profunda la atención del lector? ¿No vibra ya con los escritores? Un caso sirve de ejemplo: la muerte de D'Annunzio ha merecido apenas el honor de algunas gacetillas. La muerte de Lugones no ha conmovido sino a escasos elementos. D'Annunzio tuvo una larga vida de agitación y de creación. Esteta de los mayores en lo que va corrido del siglo, sin embargo, su muerte, no logró ni siquiera, reunir para un homenaje a los escritores en algún sitio de atracción pública. Lugones por su parte, tampoco ha merecido ese homenaje que las academias o los institutos de cultura, rinden en distintas oportunidades a gente que seguramente no lo merece. En otro tiempo, la muerte de un poeta o de un gran escritor congregaba a grandes grupos en las veladas que se organizaban para recorrer su obra y para levantar, con las virtudes creadoras del muerto, la moral de los continuadores. Este fenómeno es lamentable y es triste.

A tal grado se ha llegado en la irascibilidad que no hay escritor suficientemente digno para la admiración, ni hay escritor que merezca ser recordado, si no es en las conversaciones de grupos o en los artículos volanderos que se escriben en el día mismo de su muerte. Las masas no se sienten conmovidas. Y si las élites

de cada país, resumen en pequeñas anotaciones críticas, el valor de la obra, eso no basta para demostrar que la creación es un proceso grande en la cultura de los países. Los caudillos políticos tienen mejor fortuna. En este fenómeno de la indiferencia, es preciso considerar la desconfianza de la opinión pública respecto del escritor. ¿No cree la opinión en ellos? ¿Está hastiada de que le sirvan siempre los mismos manjares en formas eternamente iguales? He aquí los problemas que pueden plantearse en esta hora de negación sistemática.

Se ha dicho que el materialismo es una de las razones más poderosas en este eclipse de la obra intelectual. Pero al materialismo que es general, hay que agregar la diferenciación entre el escritor como tal, o el escritor como hombre. Las masas son sensibles a las contradicciones y a los quebrantamientos de la moral del escritor. Si éste fuera sólo un esteta, pasaría sin menoscabo; pero desde el instante en que las exigencias de la post-guerra obligaron al escritor a descender de su aislamiento, fueron más frecuentes los fracasos y las desilusiones de esa masa que pedía insistentemente la cercanía del hombre de letras, para abandonarlo en seguida, cuando descubrió en él no un símbolo, sino un hombre como todos, quizá más sujeto que los otros a las debilidades y flaquezas de la contradicción.

Unamuno fué el pasto de las más feroces dentelladas. Llovieron censuras sobre su carne espiritual y doctrinaria, desde todos los ángulos. Muerto Unamuno, analizado en superficie, como si se tratara de un simple ciudadano, ha sido luego abandonado al olvido. Ya nadie ha recordado que Unamuno falleció y el aniversario de su muerte se escurrió en lamentable silencio y olvido. El tiempo dirá otras palabras. Es probable. Pero no es posible suponer que el escritor muerto debe quedar allí, en el hueco de un nicho, para pudrirse únicamente. ¿La obra no tiene interés, no actúa largamente sobre los que siguen en la brega? Si se consulta a los lectores de bibliotecas, los índices, las estadísticas, se llega a una conclusión muy triste. Nadie solicita esos libros; nadie lo recuerda. Si de

allí pasamos a las librerías, veremos igual fenómeno. No se editan sus libros, como de tantos otros, ni hay muestra alguna de curiosidad por sus obras.

Todas las corrientes sociales quebrantadas por los factores de convulsión que todos conocemos, las arremetidas de la fuerza sobre países débiles e inermes, como está ocurriendo en todos los ángulos del universo; la elevación a sistema y símbolo, de la violencia, son también muestras del mal de la indiferencia universal para con el hombre de pensamiento. La apología del delito internacional, como normación de países fuertes, ayuda a vigorizar una moral de violencia como único elemento de gobierno. En Alemania ha ocurrido el caso de estar en prisión un escritor en el momento en que el Premio Nobel le era adjudicado por el jurado. ¿Hubo algo fuera de Alemania que indicara que el mundo lamentaba esa contingencia? Nada de particular. Otsiewsky permaneció allí inmerso en la soledad pavorosa de su celda de condenado por no ser grato al gobierno de su país.

A mayor abundancia de libros, a mayor y más frenética e inconsciente producción de libros, ha sucedido una atonía peligrosa para el pensamiento y para el arte. Nos referimos a estos países hispanoamericanos que reciben sin beneficio de inventario, todos los libros imaginables, sin selección, sin discriminación. Las editoriales convertidas en industrias, han hecho de la obra de arte, del autor o del escritor de calidad, una simple cifra en el montón torrencial que las prensas acumulan, y dispersan a los cuatro vientos. El lector medio, no escoge de los quioscos los libros más importantes, toma lo que parece más vistoso, lo que impresiona más rápidamente su retina. El color de las tapas... De esta suerte el escritor de mayor responsabilidad, suele quedar aplastado bajo la montaña inmensa de páginas que se arrojan como en un vértigo. El libro de tanto ser multiplicado está ocasionando el fenómeno del hastío del libro. Como no existe la selección ni una propaganda seria, ni un análisis por gente de buen gusto y sabi-

duría ejemplar, los buenos libros corren la misma suerte de los libros mediocres.

La opinión pública ha trazado una raya niveladora sobre todas las cabezas. No hay diferente entre un hombre obscuro y el hombre que piensa. Como no existe diferencia entre una obra de Pitigrilli y otra de Spengler o de Unamuno o de D'Annunzio. Y es natural que cuando uno de éstos escritores muere, ocurra el mismo fenómeno que con el vecino obscuro que llevan a enterrar y del cual sólo los deudos recuerdan sus virtudes y sus buenas obras.